

BATLLORI, Toni, Pere LED y Josep Manuel UDINA (2015): *Hic et nunc. Aquí y ahora... seguimos hablando latín*. Barcelona: Gedisa, 224 páginas. ISBN 978-84-9784-928-9

Jesús Hernández Lobato

Universidad de Salamanca

jhlobato@usal.es

Este curioso libro pretende ser básicamente una obra de divulgación y entretenimiento que acerque al gran público algunos de los adagios latinos más célebres y conocidos, dando somera cuenta de su procedencia, uso y relevancia histórica y poniéndolos en relación con otros con los que guarden algún tipo de vínculo verbal o conceptual. En total se recogen unas 500 expresiones latinas, a las que hay que sumar las más de 60 abreviaturas y siglas –tales como *a.m.*, *cf.*, *c.v.*, *e.g.*, *i.e.* o *n.b.*– que, si bien no aparecen explicadas en el cuerpo principal de la obra, sí que son enumeradas con un breve comentario en un anexo final (pp. 193-201).

El libro, de 224 páginas, se nos presenta firmado por tres autores, cada uno de los cuales, si bien coordinado con el resto, ha desempeñado una función muy diferente en su elaboración: el catedrático de bachillerato y técnico del Cuerpo Superior de la Administración de la Generalitat de Cataluña Pere Led ha sido el ideador y promotor de la obra y se ha ocupado de la confección de los sucintos apéndices fotográficos “El latín en la calle” (pp. 205-212) y “El latín en la prensa” (pp. 213-215), en los que se reúnen una serie de testimonios visuales sobre la presencia del latín en la publicidad, los nombres de marcas comerciales, el rotulado de establecimientos y los titulares de diversos medios periodísticos; el recientemente desaparecido Josep Manuel Udina, profesor titular de Filosofía en la Universitat Autònoma de Barcelona hasta su jubilación en 2010, ha redactado las entradas propiamente dichas –dispuestas por orden alfabético–, así como la presentación general del volumen (pp. 15-18) y las “Indicaciones previas” (pp. 27-29); por su parte, Toni Batllori, conocido viñetista del diario *La Vanguardia* y del semanario humorístico *El Jueves*, ha realizado ochenta dibujos humorísticos “ilustrando” algunos de los adagios, así como la imagen de la cubierta y un desenfadado cómic de cuatro páginas que narra en clave irónica el proceso de creación del volumen. El breve y no muy atinado prólogo a cargo del conocido periodista Enric Juliana (pp. 23-26) le añade al volumen un calculado gancho comercial. La obra, que ya va por su segunda edición, fue anteriormente publicada en lengua catalana.

La idea de promover el conocimiento del latín mediante obras distendidas dirigidas a un público de amplio espectro debe ser valorada muy positivamente. Del mismo modo, el uso extensivo de las imágenes como apoyo visual al estudio de la lengua ha sido justamente defendido y practicado por humanistas tan egregios como Comenio (1592-1670)¹, y supone, bajo mi punto de vista, uno de los puntos fuertes del volumen. Dada la profesión del autor de las entradas (el difunto profesor Josep Manuel Udina), las referencias a la filosofía son más habituales de lo esperable en este tipo de opúsculos, lo cual le añade una dimensión interesante que en modo alguno merece reprobación.

Sin embargo, en libro se ve lastrado por una serie de graves deficiencias que conviene no pasar por alto. En primer lugar, en las llamadas “Indicaciones previas” (pp. 27-29) apenas se proporciona información sobre cómo se debe pronunciar el latín, a excepción de los cuatro primeros puntos de la página 27, manifiestamente insuficientes. Dado que la obra va dirigida a un público no familiarizado con esta lengua, es altamente probable que los autores estén condenando a sus lectores a pronunciar mal las entradas que contengan las letras *c* o *g* delante de vocal palatal (*e/i*) o el grupo *ch*. En el punto tres se afirma que los diptongos latinos son *ae*, *au* y *ou* (imperdonable errata por *oe*). Respecto al acento, se ha optado por mostrarlo mediante el subrayado de la vocal tónica, pero únicamente en el caso de las palabras esdrújulas². Dado el carácter netamente divulgativo y pedagógico de la obra, habría sido mucho mejor subrayar la vocal tónica en todos los casos, para evitar algunas de las pronunciaciones erróneas más extendidas y enquistadas, a las que, por cierto, no se hace referencia en sus respectivas entradas: tal es el caso del famoso *curriculum vitae*, en el que una notación *curriculum vitae* –o *vitae*– y algún tipo de advertencia al lector habría conjurado la espantosa lacra de la pronunciación vi-tá-e³. Lo mismo sucede con la freudiana *libido*, frecuentemente articulada como *libido* por no pocos hablantes cultos. Curiosamente, sí que se hacen este tipo de advertencias en otras entradas, como la dedicada al adagio cesariano *veni, vidi, vici*: “la frase [...], por desconocerse la conjugación latina, suele repetirse incorrectamente como *veni, vidi, vinci*” (p. 188); o a los *carmina*: “los célebres *Carmina burana* [...], cuya interpretación en concreto algunos locutores anuncian mal al decir *Carmina burana*, como si se tratase del nombre de una mujer” (p. 54). Muy probablemente la supervisión de un buen filólogo clásico habría bastado para evitar este tipo de deficiencias.

El hecho de que solo rara vez se incluyan referencias a los pasajes concretos de las obras de las que se extraen las célebres citas, si bien poco deseable, resulta admisible en un libro de estas características. Menos tolerables son ciertas imprecisiones o

1 Tal es el caso de su merecidamente célebre *Orbis sensualium pictus* (1658), un libro profusamente ilustrado para favorecer que los niños aprendieran latín.

2 Con todo, hay ciertos deslices en el cumplimiento de esta norma, como en caso de la entrada *magnificat* (que debiera figurar como *magnificat*),

3 Lo mismo sucede con las entradas *non vitae sed scholae discimus* e *historia magistra vitae*, por poner solo dos ejemplos.

abiertas falsedades como la de la entrada *INRI*, que afirma sin sonrojo que “ninguno [de los evangelios] indica la lengua en que se escribió la inscripción”. Un mínimo rigor habría bastado para dar con el pasaje de Juan 19, 19-20: “esta inscripción [...] estaba escrita en hebreo, latín y griego”. En ocasiones las entradas se detienen en aspectos escasamente pertinentes o innecesariamente sesgados, como el largo *excursus* sobre las insidias del *Opus Dei* y sus conflictivas relaciones con los jesuitas, que queda un tanto fuera de lugar en el contexto de la entrada *opus*, justo a las expresiones *opus postumum* y *opera omnia*. Sorprende la ausencia de alguna de las locuciones latinas más famosas y peor usadas, como *grosso modo* y *motu proprio*, cuya inclusión en un volumen de tan dilatadas ventas habría contribuido sobremanera a divulgar su comprensión y la corrección en su empleo.

Por último, el prólogo a cargo del famoso periodista y comentarista televisivo Enric Juliana, lejos de subrayar la relevancia cultural de una lengua que, como la latina, no solo es la nuestra –la de todos los hablantes de lenguas romances o neolatinas–, sino que además ha servido de vehículo común de expresión y comunicación a personajes tan dispares y tan lejanos en el tiempo como Virgilio, Séneca, Agustín de Hipona, Erasmo de Rotterdam, Luis Vives, Spinoza o Isaac Newton, se limita a relatar chispeantes anécdotas sobre el pontificado de Joseph Ratzinger y el modo en el que el léxico de neologismos encargado por el Vaticano al latinista Carl Egger traduce *biquini*, *pub* o *snack-bar*, para concluir que las urgencias del nuevo pontífice, Francisco, “son otras” y que, al dejar de lado el latín, “no le falta razón”. Curiosa manera de convertir en un pasatiempo para frikis la piedra angular del pensamiento occidental, la única capaz de demostrar la profunda unidad cultural de esta tambaleante Europa nuestra, cada vez más asediada por toda clase de aldeanismos intelectuales.